

La Paulo Coelho de la literatura oriental

Nuestros tiempos felices

Gong Ji-young

MÁS DE 20
MILLONES DE
LECTORES
EN ASIA

NOVA LA



Cuaderno azul 1

Voy a contaros mi historia. Es la historia de un asesinato. La historia de una familia incapaz de hacer nada que no fuera destructivo y en la que los gritos, alaridos, palizas y maldiciones eran el pan de cada día. Una historia de un ser miserable que creía que lo de ser miserable no iba con él. Mi historia. El día en que todo comenzó murieron dos mujeres y una niña. Yo estaba convencido de que una de ellas no tenía derecho a vivir, que merecía morir. La mujer poseía mucho dinero y, para mí, aquello era tan incomprensible como vestir a una alimaña con ricas sedas. En un mundo tan inicuo e injusto, pensé que si yo hubiera podido usar ese dinero para algo bueno, habría hecho lo correcto.

Y luego estaba la otra mujer. La que nunca había poseído cosa alguna de su propiedad. Una mujer a la que los demás le habían arrebatado cuanto tenía y que estaba muriéndose. De haber tenido tres millones de wones, habría podido salvarla, pero en aquel entonces no tenía forma de conseguir tanto dinero. Con cada día que pasaba ella se acercaba más a la muerte, y aunque yo aún no sabía si realmente existía un cielo ni cuándo era la última vez que lo había contemplado, di por sentado que si había un cielo me comprendería, y que en eso consistía la justicia. Justicia.

1

Los finos copos de nieve que habían empezado a caer por la tarde acabaron convirtiéndose en lluvia. Una tenue luz azulada inundaba la calle, y el cielo, cargado de humedad, pareció descender desdibujando los límites con la tierra. Eran más de las cinco. Me puse el abrigo y salí de casa. En el aparcamiento, los coches guardaban un silencio sepulcral y las luces amarillas —que se encendían una tras otra tras las ventanas al otro lado de la calle— comenzaban a centellear como estrellas inalcanzables. Los árboles que se alineaban en las calles, deshojados ya hacía tiempo, parecían erigir una valla de alambre de espino que separaba las viviendas de la gente pobre de la acera de enfrente de las de los ricos de este lado. Antes de subir al coche me detuve y, casi sin pensar, levanté la vista. Los edificios de apartamentos se alzaban de espaldas al cielo, como una inmensa mole que impedía contemplar las nubes. En la tenue luz del atardecer semejaban un muro interminable de fortificaciones. Una fina lluvia invernal caía sobre la calle helada. Me metí en el coche y, en cuanto encendí los faros, gruesas gotas de lluvia como afiladas esquirlas de hielo aparecieron bajo el haz de luz. El oscuro atardecer, roto solamente por la luminosidad que se desprendía del alumbrado público y el colorido que proyectaban los letreros luminosos de las tiendas, hacía creer que solamente llovía en el interior de aquellas luces. Después de todo, en la oscuridad nunca se sabía qué era lo que realmente caía sobre nosotros.

El doctor Noh había llamado para decir que la tía Mónica se había desmayado y estaba de nuevo en el hospi-

tal. Esta vez el pronóstico no era nada bueno, por lo que debíamos prepararnos para lo peor. En otras palabras, que debía hacerme a la idea de dejar que otra persona nos abandonara.

Mientras arrancaba el coche, me vino a la mente el rostro de lunsu. Las gafas de montura negra, la tez tan pálida como si estuviera descolorida, los labios todavía rojos pues aún era joven, el gracioso hoyuelo que aparecía en una de sus mejillas cuando esbozaba una tímida sonrisa. Aunque, a decir verdad, no quería recordarlo. Había pasado muchas noches de insomnio tratando de olvidarle: días en que no podía dormir sin la ayuda de un buen trago, y madrugadas azules en las que me despertaba sintiendo como si un fantasma estuviera estrangulándome...

Entonces solía apretar la cara contra la almohada y esperar a que brotaran las lágrimas, pero todo lo que salía de mi boca eran unos gemidos extraños. Algunas veces me decía: «De acuerdo, déjalo vivir en tu memoria; recuerda todo, sin dejar escapar nada». Sin embargo, esos días acababa totalmente ebria, dormida en el sofá.

Desde que lunsu se fue, lo primero que pensaba al abrir los ojos cada mañana era que, a partir de ese momento, mi vida no volvería a ser igual. Todo mi mundo estaba patas arriba, como al principio. Pero desde que le conocí había dos cosas que me habían quedado muy claras. Una: que nunca más intentaría suicidarme; la otra, que este era su último regalo y también el castigo que me dejaba.

Al igual que la lluvia invernal solo es visible a través de los faros, en el mundo había muchas cosas invisibles en la oscuridad. Esa fue una de las cosas que aprendí cuando le conocí. Por mucho que algo sea invisible, no quiere decir que no exista. Gracias a él, me abrí paso a través de mi propia oscuridad y descubrí que esa misma oscuridad era la que alentaba en mi interior como si fuera la muerte. Cosas en las que no me habría fijado de no haber sido por él y de las que nunca habría sido consciente, pues las consideraba de una oscuridad absoluta cuando, en realidad, eran de un brillo deslumbrante.

Había vivido creyendo que sabía mucho, sin darme cuenta de que lo que sentía no era oscuridad sino una luz tan brillante que resultaba cegadora. Y, a través de lunsu, por fin pude comprender que si podemos amar de verdad es, en ese instante, cuando estamos compartiendo la gloria de Dios.

Aunque él ya no estaba a mi lado, aún me sentía agradecida a Dios por haberme concedido la suerte de conocerlo.

Conduje por la oscura y lluviosa calle, que estaba a rebosar de coches. Pero no tenía prisa. Todo el mundo iba a algún lugar. Todos tenían que llegar no importa dónde. Por cierto, ¿sabrán ellos a dónde van? La duda me asaltó como si fuera un viejo recuerdo. Por aquel entonces, apenas había coches en esa calle donde hasta los rótulos de neón parecían contener la respiración. Un poco más adelante, la luz roja de un semáforo se encendió como un sol de crepúsculo por encima de los coches que circulaban bajo la turbia neblina de la lluvia. Los coches se detuvieron a un tiempo. Yo también me detuve...

Cuaderno azul 2

Mi pueblo de origen... Me preguntó que de dónde venía yo. ¿Acaso he tenido alguna vez un pueblo de origen? Creyendo que se refería al de nacimiento, le contesté que era de Yang-pyong, en la provincia de Kyung-ki, no muy lejos de Seúl, y esperé a sus siguientes preguntas. Sin embargo, no dijo nada más.

—Era un pueblo pobre —continué—. Al atravesar un pequeño cerro había un embalse y en mi casa siempre hacía frío. —No añadí nada más.

—Está bien, está bien, no digas más si no quieres —me dijo. No es que no quisiera contarlo, es que no podía. Siempre que intento evocar esos recuerdos, me da la sensación de que se me forma un negro coágulo de sangre en la garganta. Mi hermano pequeño, Eunsu, y yo solíamos jugar al borde de aquel embalse, y allí tomábamos el sol. En una ocasión, nuestra vecina le dio unos azotes a mi hermano. Había ido a pedirle un poco de arroz, pero ella declaró que lo había tirado al suelo. Así que mientras ella y su marido estaban fuera trabajando, cogí un palo largo de un carro de leña y lo utilicé para pegar a sus hijos hasta hacerles sangrar por la nariz. Desde entonces ningún niño quiso jugar con nosotros. Por eso estábamos siempre solos. A veces, alguna buena persona nos traía un cuenco de arroz frío que le sobraba y, en esas ocasiones, corríamos a comernos aquellas bolas de arroz helado escondidos en el granero de algún vecino para que no se despertase mi padre que estaba durmiendo la mona. En aquel embalse siempre daba el sol y, si teníamos suerte, podíamos comer tallarines instantáneos que nos ofrecían los pescadores que

bajaban de Seúl. Y, con un poco más de suerte, a veces me encargaban que fuera a por cigarrillos a la tienda situada a unos ocho kilómetros, a cambio de unas monedas.

Para ser sinceros, tardé largo tiempo en comprender que mi hermano y yo vivíamos esperando el regreso de nuestra madre que se había ido de casa. Fue solo después de mucho, mucho tiempo, cuando me di cuenta, a pesar de que lo único que recordaba de mi madre era su cara hinchada y su cuerpo lleno de moratones azulados por las palizas de mi padre. Sin embargo, deseaba más que nada en el mundo que volviera, sin importarme que apareciera cubierta de moratones, y que matase a nuestro padre para salvarnos de aquel monstruo que dormía borracho en esa habitación sin calefacción y que, tan pronto como despertara, volvería a pegarnos. Esperaba que ella nos pudiera rescatar. Así que mis primeros recuerdos de vida comienzan con el deseo de matar, pero dado que mi madre debía de estar viviendo en alguna parte, en cualquier lugar lejano, esa sensación de esperar, sin saber bien qué es lo que se espera, nunca desapareció del todo. Por aquel entonces yo debía de tener unos siete años.

2

La tía Mónica y yo éramos dos extrañas en la familia. O quizás fuera mejor decir herejes o bastardas. Nos separaban casi cuarenta años, pero éramos almas gemelas de cómo nos parecíamos. Cuando era niña, mi madre solía decirme: «Te comportas igual que tu tía». Sabía que no lo decía como un cumplido. Hasta un niño pequeño se da cuenta de si quien pronuncia su nombre le quiere o le odia. ¿Por qué odiaría mi madre a mi tía de quien había sido tan amiga? Pero ¿qué fue primero? ¿Odiaba a mi madre porque ella a su vez odiaba a la tía a la que yo me parecía o había decidido parecerme a mi tía a propósito porque mi madre la aborrecía? Yo era una niña obstinada que disfrutaba haciendo sentir incómoda a la gente. Insultaba a la cara a aquellos que me caían mal, y me tronchaba de risa viendo sus expresiones asombradas. Sin embargo, aquello no era un sentimiento de victoria como el canto exultante de un ejército de ocupación al entrar en territorio conquistado. Más bien se parecía a una vieja y secreta herida, lista para sangrar al mínimo roce, el tipo de herida que sangra cuando menos te lo esperas aunque no sientas dolor. Era como el desesperado canto de los supervivientes de una tropa vencida después del fracaso de su rebelión. No. Sin embargo, también había muchas diferencias entre nosotras. Mi tía rezaba mucho más que yo por nuestros familiares y nunca se había aprovechado para su propio beneficio de las ventajas materiales que nos proporcionaban.

En cuanto a mí, para ser absolutamente sincera, era un desastre. Vivía para mí, intentaba arrastrar a los demás a mi vida invocando el «amor» y la «amistad», no por su bien

sino por el mío. Solo existía para mí misma e incluso deseaba morir por mi propia mano. Adoraba el placer, inconsciente del hecho de que me había perdido al hacerme esclava de los sentidos. Arremetía sin pausa contra la fortaleza de mi familia. Salía todas las noches y las pasaba bebiendo, cantando y bailando. No comprendía que ese frívolo estilo de vida me estaba destrozando poco a poco; y aunque hubiera sido consciente de ello, no habría dejado de hacerlo. Quería destruirme a toda costa. Era esa clase de persona que solo se queda contenta si toda la galaxia gira a su alrededor. En los días de borrachera me atrevía incluso a patear las puertas cerradas, sin saber quién era ni qué quería. Nunca me he atrevido a confesarlo, pero si entonces alguien me hubiera acercado un estetoscopio al corazón, habría podido escuchar estos clamores: «¿Por qué el sol no gira a mi alrededor? ¿Por qué no estáis a mi lado cada vez que me siento sola? ¿Por qué le pasan cosas buenas a la gente que odio? ¿Por qué el mundo me provoca continuamente y me niega la más mínima brizna de felicidad?».

Cuaderno azul 3

Cuando empecé a asistir a la escuela primaria, mi hermano pequeño, Eunsu, me seguía cada mañana. Como él no podía entrar, me esperaba sentado en cuclillas en un rincón del patio hasta el final de las clases. Eunsu no era como yo, era diferente. Él no sabía desafiar a los niños que le pegaban, como hacía yo, cogiendo un palo. Yo, si algún niño más fuerte me pegaba, trataba de luchar hasta el final, aunque solo fuera para darle un mordisco en el antebrazo. Pero él era distinto y, como en el caso de mi madre, su destino parecía ser llorar y tragarse todos los golpes. Al salir de clase iba corriendo a por Eunsu, y me lo encontraba temblando de frío con los labios azulados, aterido, y sentado contra la pared. El pan de maíz, que en el colegio nos repartían por raciones y que era nuestra comida del día, me lo guardaba, tragando saliva y aguantando el hambre sin darle un solo mordisco, mientras los demás lo devoraban. En ocasiones encontraba a Eunsu sentado sangrando por la nariz, o llorando medio desnudo, con la parte inferior del cuerpo al descubierto porque otros niños le habían quitado la ropa.

Durante mucho tiempo después me estuve preguntando si realmente había querido a mi hermano. No lo sé. Más que ninguna otra cosa deseaba que Eunsu fuera feliz. Creo que aquellos momentos que pasamos juntos, cuando volvíamos a casa compartiendo el pan de maíz que yo había conservado intacto, tal vez fueran los momentos más felices de nuestras vidas.

Un día llovió. La primavera había llegado pero aún hacía frío y el cielo, despejado hasta el mediodía, se ensombre-

ció y de repente empezó a llover a cántaros. No entendí una sola palabra de lo que explicó el maestro. Miraba angustiada por la ventana porque sabía que en el patio del colegio no existía un solo lugar donde Eunsu pudiese protegerse de la lluvia. Ante mis ojos aparecían visiones de Eunsu bajo el aguacero, como un pichón abandonado en un nido vacío, los ojos inflamados de tanto llorar. Por eso, en cuanto terminó la primera clase, salí corriendo del colegio.

Allí de pie, bajo la lluvia, Eunsu se quedó tan sorprendido al verme llegar tan pronto, que mostró una sonrisa de oreja a oreja. Mientras la lluvia azotaba su rostro sin piedad, Eunsu parecía no saber qué hacer con tanta alegría. Yo, en cambio, estaba furioso. Como evidentemente no teníamos paraguas, no estaba en mucho mejor estado que él y mi ropa pronto estuvo tan empapada como la suya.

—¡Vete a casa!

—No quiero.

—¡Vete a casa, te digo!

—No quiero.

Me dolía en el alma tener que mandarlo a casa, donde nuestro padre borracho, si por desgracia se despertaba, cogería lo primero que tuviera a mano para pegarle. Pero llovía demasiado, así que tuve que arrastrarle hacia casa agarrándole del pescuezo. Cuando le deposité en mitad del camino que llevaba a la entrada, me di la vuelta para volver al colegio. Pero él me siguió. Tuve que retroceder, agarrarle otra vez del cuello y arrastrarle nuevamente hasta la casa. Acto seguido, eché a correr. Una vez más mi hermano me siguió. Entonces me lancé sobre él y comencé a golpearle. Y como un pasmarote procedente de un mundo de sumisión que desconociera la palabra «desobedecer», Eunsu aguantó los golpes con su mano aferrada al faldón de mi camisa. Continué gritándole como un loco, pegándole hasta que comenzó a sangrar por la nariz, y la sangre manchó mi ropa empapada mezclándose con la lluvia.

—¡Escúchame bien! Si no vuelves ahora mismo a casa, yo también me marcharé. Te dejaré allí solo y huiré. Ahora vete a casa y no vuelvas a salir.

Eunsu dejó de llorar y, finalmente, soltó mi ropa. Para él la perspectiva de mi abandono era mucho más terrible que una sentencia de muerte. Me lanzó una mirada de reproche y, después, se dio la vuelta en dirección a nuestra casa. Aquella fue la última vez que nos miramos a los ojos. Y, para él, la última imagen nítida que tuvo de mí.

3

Empezaré por los primeros días del invierno de 1996. Estaba ingresada en el hospital. Me habían encontrado después de haber intentado matarme con una dosis letal de somníferos mezclada con whisky. Paciente con posible intento de suicidio, según me habían diagnosticado. Cuando abrí los ojos, pude distinguir la lluvia a través de la ventana. Las pocas hojas que quedaban se desprendían lentamente de los sicomoros. El cielo estaba tan cubierto que resultaba imposible deducir qué hora era. Me acordé de lo que me había dicho mi tío, el hermano de mi madre, que era psiquiatra: «Deberías llorar de vez en cuando». Se le veía mayor. De haber estado en otras circunstancias me habría gustado decirle: «Tío, te estás quedando cada vez más calvo. Pareces un anciano». Pero ahora que estoy viva creo que le habría preguntado: «¿Puedo fumar?», y me habría echado a reír a carcajadas ante su cara de estupor. Debido posiblemente a que mi tío era una buena persona, cada vez que yo me negaba a responder a sus preguntas se limitaba simplemente a replicarme:

—¿Cómo puedes hacer esto cuando tu madre aún está convaleciente de su operación?

—Tío, ¿tan preocupado estás por mi madre? ¿Tanto la quieres?

Fue entonces cuando con una sonrisa me dijo aquello de «Deberías llorar de vez en cuando». Sin embargo, su rostro mostraba tristeza y compasión por mí. Algo que no podía soportar.

Oí que llamaban a la puerta, pero no respondí. No había ningún familiar que se atreviese a visitarme después

de que, unos días atrás, montara un numerito rompiendo el frasco de suero cuando mi madre, operada de cáncer un mes antes, vino a visitarme. Resultaba evidente por la expresión de sus caras que toda mi familia me consideraba una carga mucho peor que el tumor de un centímetro de largo que había aparecido en uno de los pechos de mi madre. Esta vida que mi madre deseaba vivir con tanto entusiasmo a mí me resultaba aburrida. Por eso le dije dando voces que ni ella ni yo nos habíamos puesto a pensar si su vida —la de la persona a la que llamaba madre— valía la pena ser vivida, y dado que ella no quería morir, a cambio me moriría yo. Nunca habría montado una escena semejante de no haber sido porque mi madre, al venir a visitarme al hospital donde acababan de salvarme la vida, me había dicho que no sabía por qué me había parido, una frase que llevaba repitiéndome desde siempre. Sin embargo, lo que más me enfurecía era la posibilidad de que quizás me parecía a ella. Supuse que la llamada a la puerta podía ser de mi cuñada más joven, Seo Yeong-la, una trepa que decía a todo que sí, y que probablemente me traía un cuenco de una cosa que llaman papilla de abulones. Cerré los ojos.

La puerta se abrió y alguien entró en la habitación. No era mi cuñada, pues de haber sido ella se habría dirigido a mí con un «¿Duermes, querida?», con esa peculiar voz impostada, algo habitual en alguien que, como ella, había sido actriz. De haber sido ella, habría sacado la papelera de la habitación sigilosamente o se habría dedicado a arreglar el florero que había junto a la ventana poniendo flores frescas. Pero para mi sorpresa, esta vez no pude escuchar ningún ruido revelador, por lo que presentí que debía de tratarse de mi tía Mónica. Ese olor. ¿De qué sería? Cuando yo era pequeña, cada vez que nos visitaba la tía Mónica apretaba mi cara contra su vestido y aspiraba. «¿Qué pasa? ¿Huelo a desinfectante?». «No, no es desinfectante. Hueles como el interior de las iglesias, tía Mónica. A velas y esas cosas». La tía me contó que se había graduado como enfer-

mera y estuvo trabajando en un hospital universitario antes de decidir súbitamente entrar en un convento.

En ese momento abrí los ojos muy despacio, como si acabara de despertar del sueño. La tía Mónica estaba sentada junto a mi cama y me miraba en silencio. Hacía diez años que no nos veíamos: la última vez había sido justo antes de mi partida a Francia, cuando trabajaba de corista vestida con una minifalda, cantando y moviendo el trasero —según palabras de mi madre— como una auténtica desvergonzada. Mi tía me hizo una breve visita al camerino, situado entre bastidores. Por aquel entonces, diez años atrás, ya podían apreciarse algunos signos de vejez por debajo de su toca negra donde, detrás de las orejas, asomaba un canoso mechón de pelo, y aunque aún mantenía los hombros erguidos, todo su cuerpo se veía encorvado como el de una anciana. Nunca es fácil determinar la edad de una monja, pero, en este caso, los muchos años de mi tía eran evidentes. Por un momento me vino a la mente el triste destino del ser humano: vivir, envejecer y morir. Los ojos de mi tía estaban clavados en mí y mostraban una extraña fatiga. Sus arrugados y pequeños ojos que parecían contener un leve reproche mezclado con un instinto maternal que mi madre nunca me había transmitido. Pero en ellos también se reflejaba algo que siempre había estado ahí, desde mi primer recuerdo de ella: una especie de curiosidad similar a la de un niño travieso que mira a un cachorro recién nacido con esa inagotable compasión que siente una madre ante el nacimiento de su criatura.

—Me hago vieja, ¿a que sí? —le dije yo ante su silencio. Y luego esboqué una dulce sonrisa.

—No tan vieja como para morir —contestó.

—No estaba tratando de matarme —le aseguré—. No quería suicidarme. Es que no lograba conciliar el sueño a pesar de haber bebido bastante, así que decidí tomar unas pastillas para dormir, eso es todo... Estaba tan ebria que no podía contar las pastillas, de modo que cogí un puñado y me las tragué, y mira lo que ha pasado. ¡Qué desastre! Cuando mamá vino el otro día se puso muy nerviosa y me